

Dunas

〈DIARIO DE OTRO VERANO〉

Muriel Villanueva

Ilustraciones de Ferran Orta



BABULINKA BOOKS ♥





Dunas. Diario de otro verano

Un libro de Babulinka Libros, sello de la editorial Babulinka Books SLU.
Rambla de Prat 2, 1-2 A · 08012 Barcelona
hola@babulinkabooks.com · www.babulinkabooks.com

© Del texto: Muriel Villanueva, 2019

© De las ilustraciones: Ferran Orta, 2019

© De la edición: Babulinka Books SLU

Traducido del catalán por Muriel Villanueva, 2019

Primera edición: noviembre 2019

ISBN: 978-84-120807-2-8

Depósito legal: B 25841-2019

Impresión: Gráficas 94

Colección: Pequeñas Joyas para Grandes Lectores

Diseño colección: Maria Sansalvadó

Maquetación: Maria Sansalvadó · www.momabcn.com

Corrección: Álvaro Martín Valcárcel

Made & Printed in Barcelona

La traducción de esta obra ha contado con una
ayuda del Institut Ramon Llull

LLL institut
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Quedan rigurosamente prohibidas y están sometidas a las sanciones establecidas por la ley: la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, incluidos los medios reprográficos e informáticos, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin la autorización de la editorial Babulinka Books. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dunas

Muriel Villanueva
{Diario de otro verano}



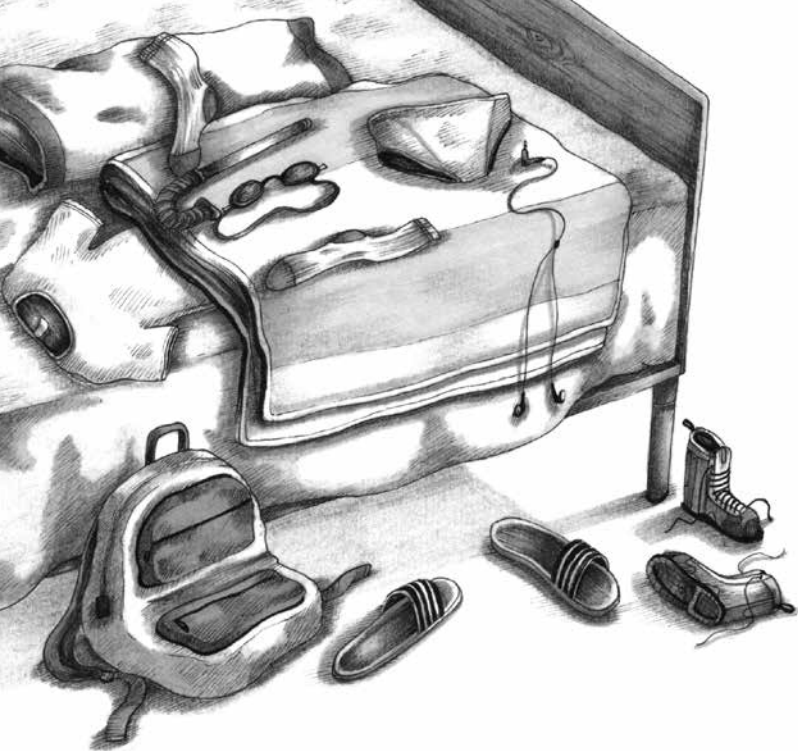
Ilustraciones de Ferran Orta

BABULINKA BOOKS ♥

*A ti, que leíste Duna
y pediste más.*

«A Tania le cruje el corazón
de lo mucho que quiere a Gunnvald.»

Tania Val de Lumbre, de Maria Parr,
con traducción de Cristina Gómez-Baggethun



31 de julio

Qué ganas de pirarme. De ponerme los auriculares en las orejas y el cable suelto en el bolsillo, en pleno silencio, y andar hasta las afueras, hasta que Vellescut se convierta en bosque.

¿Será la luna llena lo que nos altera? Es impresionante cómo brilla esta noche. Ahora ya todos duermen y yo podría escribir sobre el alféizar de la ventana, solo iluminada por su claridad blanquecina.

Pero no, no es la luna. Cuando nos juntamos todos, nos alteramos.

Y yo no soporto demasiado estos días en que en casa somos seis.

Esta tarde tocaba hacer maletas: cajones abiertos, bolsas por el suelo, montones de trastos que llevaremos al pueblo y no usaremos, coladas urgentes, gritos que atraviesan puertas y paredes, «¿Alguien ha visto mi biquini?», «¡No queda pasta de dientes!», turnos para ducharse a última hora, mamá y Manuel haciéndose mimitos en medio del pasillo, Gala Galleta chillando

«¡Bajo a la tienda a comprar más galletas de las mías antes de que cierren hasta septiembre!», Lía Literata apilando novelas románticas, ensayos sobre espiritualidad y manuales de francés, y Lucas Lunático llorando porque se ve que su hinchable preferido está pinchado: «¡Buaaa, no podré llevar a la playa mi delfiín!».

¡Qué familia de chiflados! Como si no tuviese bastante con dos hermanas (la lista que se va haciendo más lista y la graciosa que crece y va perdiendo la gracia), ahora nos endosan al hijo de Manuel, un canijo acabado de salir de primero de primaria, un espabilado azucaradito.

Todavía me cuesta, lo de utilizar la palabra *familia*, pero más me vale empezar a acostumbrarme. Ahora toca pasar un mes en Dunas los seis juntos, en casa del abuelo, superapretados.

A mí, Manuel, no me cae mal del todo. Por ejemplo, lo de escribir un diario, que fue idea suya cuando era mi maestro, acabó gustándome. Ahora lo hago a menudo, sin obligarme a ello cada día, y me gusta mucho. Si no fuera porque existe Max, podríamos decir que esta

libreta (la número diez ya) es mi mejor amiga.

Pero que Manuel me caiga bien (o medio bien) no quiere decir que lo quiera como padre. Yo ya tuve un padre. Lo quise mucho, me quiso mucho, y después se murió de repente y me quedé hecha polvo. No tengo ganas de tener otro padre. Tengo una madre que va de perfecta, tengo un abuelo con greñas que ronca, tengo una hermana que va de estupenda y otra muy mimosa, y los quiero con cierto entusiasmo (cuando se dejan querer). Ellos a mí también, claro (cuando me dejen). Tengo bastante con eso. Más que suficiente.

Por suerte, por la noche ha llamado Max. Qué buen rollo oír su voz. Como mi madre es tan «guay» que todavía no me deja tener móvil, él me llama al fijo de casa y yo me encierro con el teléfono en mi habitación.

Su llamada me ha recordado que aún tenía que meter en la maleta la piedra que me regaló el verano en que nos conocimos; pintó en ella las vistas que tenemos desde el coche abandonado: mar, arena, rocas y palmeras acompañan a las cuatro letras de mi nombre. Mientras la guardaba, Max me ha soltado:

«Este año no tengo ganas, Duna». Así, ¡plaf! La piedra se me ha caído de la mano, sobre la ropa mal doblada. Lo que mi amigo quiere decir (me lo temía) es que no le apetece pasar otro verano en Dunas. Y no le voy a preguntar por qué, porque ya lo sé, ya lo entiendo.

Mis pechos no son muy grandes, pero ya hace un año que cumplí mi promesa. Fue el verano pasado, dentro del agua de una pequeña cala de Dunas, y cuando lo recuerdo aún me ruborizo. Le había prometido que cuando nos crecieran los pechos miraríamos los míos y hablaríamos de ello. Y allí estábamos, yo solo con la braguita del biquini, con el sujetador en la mano, él en bañador y camiseta, y se me acercó y me dio un beso en los labios, cortísimo y mojado de sal, y desvió su mirada gris hacia nuestros pies, que se veían deformes en el fondo del agua. Entonces dejó caer un «Gracias» tímido y después dijo: «No sé por qué digo gracias, lo siento, estoy nervioso». Y yo tenía ganas de mearme de risa, y de nervios, tenía ganas de mear y de calentar con mi pipí el mar tan frío, pero me aguanté tanto la risa como el pipí por respeto a Max y a su piel tan fina, tan morena, tan todo.



Por más que lo pienso, no sé qué somos Max y yo. De vez en cuando nos regalamos un beso, pero la cosa no pasa de ahí. Él sigue cerrado de hombros, yo sigo escribiendo, él sigue mordiéndose las uñas, yo sigo dibujando, él sigue tocando la ocarina mirando al infinito, yo sigo quedándome atrapada con su perfil encantador a contraluz mientras él copia frases y operaciones de la pizarra de clase.

«Es que ya tengo tetas, Duna, ¿me oyes?» La voz de Max me ha devuelto al presente de mi habitación, al calor del auricular del teléfono sobre mi oreja. «Ya lo sé. Y, tranquilo, que nadie va a hacer ningún comentario», le he dicho como para calmar su corazón inquieto. Y él: «¿Cómo me lo monto para bañarme en la playa, eh? Tengo que llevar una faja todo el invierno y ahora... ¿qué? ¿Me baño en el mar en camiseta?». Al oír eso, me he tumbado a lo largo en la cama deshecha. A mí me duelen los pechos cada vez que imagino la faja que disimula las formas de Max. (Bueno, él llama *faja* a unas camisetas de tirantes muy estrechas que venden para chicos como él.) Me los toco, los presiono

hacia dentro, cierro los ojos. Pienso que sus pechos son tan naturales como los míos, pero que los suyos le molestan más. Pienso que es una mierda que para ser una chica haya que tener y que para ser chico haya que no tener. ¿Eso dónde está escrito? ¿Y qué podría decirle yo para tranquilizarlo? Max siempre me echa encima un alud de interrogantes que intento acallar para no meterme donde no me llaman.

Llevaba un rato preguntándome todo eso mirando al techo, cuando él me ha soltado, casi sin respirar, lo que yo ya sabía desde hacía meses: «Y lo peor de todo, Duna, es que ya tengo la regla. ¿Te lo puedes creer? Yo, con la regla. Creía que a mí eso no me pasaría nunca, pero un día, de repente, ¡plum!, una mancha roja en los calzoncillos. Y me dieron unas ganas locas de decirle a mi padre: “Eh, llévame al hospital y que paren esto ahora mismo, que me den pastillas, que me operen, que me hagan un hombre para siempre!”. Y ahora creo que me tocará tenerla durante la primera semana de agosto».

Él no me lo había dicho, pero yo lo había intuido por aquella mirada asqueada que puso el día que tuve que

ir preguntando por la clase a todas las compañeras si alguna me podía dejar una compresa. Pero recordé cómo se había puesto él cuando yo había tenido la primera regla y la delicadeza con la que Lía me había tratado, y decidí esperar a que me lo contase él cuando quisiera, cuando se le pasara la vergüenza o la rabia o lo que fuese. Me quedé escuchando desde fuera los estrujones de su corazón, sin decir nada.

«Gracias por explicármelo», he dicho dibujando una sonrisa que sabía que él podría ver solo escuchándome. «Ya te lo imaginabas, ¿verdad?», me ha preguntado con una voz débil. «Claro que sí. Desde noviembre del año pasado», le he dicho. «¿Por qué eres tan lista, eh? ¿No puedo tener secretos contigo o qué?» Ya me hablaba más alto y medio riendo. «No soy lista, Max», he concluido simulando que todo eso a mí también me hacía gracia. Y quería añadir: «Es solo que te quiero y que cuando te miro te veo por dentro», pero me lo he callado.

Me lo he callado porque, cuando pienso en que no tiene ganas de pasar el verano en Dunas, cuando

pienso en que ni mi presencia consigue que le entren ganas, siento que una lágrima gigante se me traga y me entra un ahogo mudo.

Así que eso: que mañana nos vamos a Dunas en plan familia estupenda al completo, pero que Max, que llegará dos días más tarde, no tiene ganas de compartir nuestro superverano.

1 de agosto

Da gusto ver al abuelo Ignacio tan lleno de todo: de luz, de alegría, de vida en general.

La caja azul en la que guardamos las fotos, cartas y páginas de diarios de la abuela sigue sobre el estante de honor de la salita, y ahora tiene un dedo de polvo, buena señal. Hasta me parece que el abuelo se nos ha engordado un poco, lo suficiente para integrar la panza en el cuerpo, para que no sobresalga como media pelota por delante de su delgadez. Ha cambiado, sí, en este par de años, desde que barrimos del desván la alfombra de

borra de las gomas con que intentaba borrar los recuerdos de su mujer. Ahora habla de ella con una nostalgia dulce que ya no pincha ni entristece a nadie. Y añadiré que me ha parecido adivinar una chispa dorada en sus ojos negros cuando, mientras deshacía la maleta, mamá le ha preguntado qué tal el curso de punto que ha estado haciendo en la tienda de lanas.

Lo que también ha cambiado, y mucho, es el pueblo.

En el coche, poco antes de llegar, al ver la carretera asfaltada y ensanchada, Gala ha dicho: «Hala, qué guay», pero Lía, que iba de copiloto, ha levantado la vista del cuento en francés que llevaba en el regazo, me ha mirado por el retrovisor y ha subido una ceja: mala cosa.

Casi no hemos reconocido el parking, que antes era un simple descampado a las afueras del pueblo; lo han asfaltado y dividido en plazas pintadas en el suelo, y estaba lleno como nunca de coches, la mayoría nuevos y brillantes, muchos de ellos forasteros. Mamá ha aparcado y ha ayudado a Manuel a encontrar otra plaza libre para su furgoneta. Después han empezado a comentar entre ellos no-sé-qué del nuevo alcalde y

yo me he dado cuenta del panorama y me he tragado preguntas como «¿Se habrán atrevido a asfaltar la plaza?» o «¿Se habrán llevado de las dunas nuestro coche oxidado?» o «No serán capaces de ensuciar el mar, ¿verdad?»... Pero las preguntas sabían a asfalto humeante y se me pegaban a la lengua y he preferido observar y no angustiarme antes de tiempo.

Bajando hacia casa del abuelo, arrastrando maletas los seis, se me ha caído el alma a los pies. ¿No se dan cuenta de que las fachadas blancas, los tejados naranjas y el mar azul no pegan con el negro reluciente del asfalto? Todavía podía oler la peste del denso alquitrán recién extendido. ¡Puaj!

Y no lo he podido evitar. He dejado la maleta en la puerta de casa, he dado un beso y un abrazo al abuelo y me he ido corriendo hacia la plaza. Por el camino me he topado con Vicenta, la de la tienda de lanas, que me ha saludado con una sonrisa ancha como una barca, una sonrisa que no le había visto nunca desde que se instaló en el pueblo hace cuatro o cinco años. Después, desde la bajada, ya se entreveían los toldos de los puestos

del mercado semanal y enseguida he adivinado que el empedrado estaba todavía allí alrededor de la fuente: el rosetón de piedras redondas, blancas y grises. ¡Uf! Me he quedado plantada con una expresión probablemente idiota dibujada en la cara, feliz de que por lo menos el centro del pueblo siga intacto: iglesia, escuela, centro médico y ayuntamiento, todo tal cual.

De repente, la palma de una mano pálida y carnosa ha aparecido ante mí, como si intentase despertarme. «Eo, Duna, ¿ya habéis llegado?» He reconocido en seguida la voz de Emilio, su voz medio esponjosa, medio resbaladiza. He parpadeado y le he sonreído, creo, o al menos un poco, sin mirarlo todavía: «Eh, hola», he dicho. «¿Todo bien? Pones cara de lenguado», ha soltado, sin reírse ni nada, casi preocupado. Le he explicado que me había asustado al ver tanto asfalto en el pueblo y que había bajado para comprobar cómo estaba la plaza. Y entonces, sí, lo he mirado. Se ha apartado un mechón de pelo de delante de los ojos (no se lo ha cortado en años y dudo que se los haya peinado) y me ha dicho: «Es una mierda todo esto. Y espérate». No he entendido qué

quería decir «Y espérate», pero he preferido no preguntar. Él vive en el pueblo y debe de saber cosas que más vale no tener que descubrir de una sola bofetada; estoy de vacaciones y no quiero deprimirme el primer día. Y, además, me había quedado medio colgada de sus ojos color miel, ahora liberados de la crin felina con puntas rubias que me amenaza de no-sé-qué sin avisar.

Ay, ay, ay. Problemas, problemas, problemas.

Este verano empieza torcido, pero que muy torcido.

Si llego a verlo venir, me voy a dormir sin cenar.

Es que no puedo verlo bien ni aun teniendo un ojo de cada color.

¿No podrían habernos dado dos días de descanso, dos días para disfrutar de las vacaciones, antes de dejarnos caer esta bomba?

Mamá y Manuel son expertos en estropear las mejores veladas.

Lo primero que nos han contado es que en septiembre (itachán-tachán!) Manuel se muda a nuestra casa de modo permanente y el Lunático vendrá a dormir

tres días a la semana. ¡Socorro! Las tres hermanas nos mirábamos con aquella expresión que a las pelirrojas nos sienta tan bien: cara de pasta de boniato. De todos modos, la que lo tiene peor es súper Gala Galleta, que tendrá que compartir habitación. Hasta ahora el niño, cuando venía a dormir, se apañaba en el sofá. Pero ahora le comprarán una cama de patas plegables para guardarla debajo de la cama de mi hermana.

Pues bien, ¿es que no tenían bastante con eso?

Pues no. Se ve que no. No tenían bastante.

No tenían bastante con enrollarse en plan «rollo de verano» que tuvieron que enamorarse. No tenían bastante con enamorarse que mi superexmaestro pesado vendrá a instalarse en casa el uno de septiembre. No tenían bastante con el hecho de que van a vivir juntos que va y resulta que quieren meter a su hijo inmaduro y glotón bajo la cama de nuestra pobre Gala. Y no tenían bastante con endosarnos a Lucas Lunático tres días a la semana que ahora...

Es que no puedo ni escribirlo.

Estábamos cenando en el patio de detrás de la

cocina, donde el abuelo había puesto una mesa preciosa, y no he podido ni acabarme el postre. Casi no podía ni tragarme el trozo de fresa que tenía en la boca.

Lía ha mudado la expresión poco a poco y no sé de dónde ha sacado la inspiración para mostrar una sonrisa sincera. «Ayyy, cómo me aleeeegro, muchas felicidades», ha dicho, y se ha levantado a abrazarlos y a darles besos. A mamá se le caía la baba.

Lucas se ha dejado abrazar por el abuelo, que decía que acababa de ganar un nieto, y se ha puesto a aplaudir imitando a las focas cuando están contentas.

Gala ha escupido en el mantel la leche que estaba a punto de tragarse. No le salían las palabras, pero con la mirada lo decía todo: «Me niego rotundamente, iro-tun-da-men-te!».

Y a mí, por suerte, me ha venido a la cabeza la frase que me decía la abuela: «Fíjate bien en lo que hace tu cuerpo cuando te enfurezcas, Duna, e intenta pararlo». Así que no he cogido el bol lleno de fresas, no lo he levantado por encima de nuestras cabezas y no lo he estampado contra el muro del patio. Sen-

cillamente me he levantado y he dicho: «Disculpad, tengo mucho sueño».

Nadie ha intentado pararme.

Ya dentro de casa, he cogido del estante de honor la caja azul donde guardamos los recuerdos imborrables de la abuela y he subido a la habitación. He pasado cerca de una hora dibujando en mi bloc la caja a lápiz (perspectiva, sombras, detallitos y defectos de la madera...), pensando en el amor entre los abuelos, en los cincuenta años infinitos de amor verdadero y bien dirigido, de amor bien colocado en el mundo, de amor con sentido.

Un amor como el de papá por mamá. Imborrable. Eterno. Porque ya nunca tendrá tiempo ni motivos para acabarse.

24

Un amor así, sí, y no este invento que mamá y Manuel se emperran en disfrazar y adornar.

El dibujo me ha quedado bonito y al acabarlo ya se me había quitado el nudo de la tripa.

No he abierto la caja. Eso es cosa del abuelo y él prefiere que la cubra el polvo y me parece bien.

Ahora Gala llora encerrada en el baño. «Si me metéis a este mono en la habitación de casa», ha amenazado mi hermana pequeña, «haré huelga de hambre y... quiero decir que... isolo comeré galletas! ¡Con muuucho azúcar!» Ha cogido el paquete de galletas y se ha encerrado a seguir zampando. Aunque haya cumplido diez años, a veces tiene actitudes de renacuaja.

Abajo, brindan en silencio, porque faltamos dos.

Y yo estoy aquí, con Negro acurrucado a los pies de la cama, intentando dejar constancia en mi diario del hecho que me ha estropeado la digestión de la cena.

Respiro y lo escribo, va, ya está: mamá y Manuel se casan.

Mamá y Manuel se casarán en Dunas el próximo día treinta. Delante del mar. Entre las dunas. Entre mis dunas.

¿Desde dónde lo mirará papá? ¿Solo yo pienso en él? Necesito a Max.

25

3 de agosto

Los pasos medio dormidos que me alejan del pueblo. Los tobillos embestidos suavemente por las olas, justo allí donde empieza el mar. La arena fresca de primera hora de la mañana. Las primeras rocas. Pantalones arregados, zapatillas en la mano. Los bañistas madrugadores, no muchos todavía. Los auriculares colgando del bolsillo, en silencio, sin origen ni final. (Sí, a veces los necesito, aunque mamá diga que me aíslan de la vida.)

Max llegó ayer al pueblo, ya muy entrada la noche, y habíamos quedado temprano allí sobre la dunas, un poco al sur, donde siempre, donde nos conocimos. Nuestro coche, abandonado quién sabe cuándo y por quién, nos espera cada verano para escuchar nuestros secretos y soportarnos las chorradas, ahora las tuyas, ahora las mías. Andaba hacia allí preguntándome qué me contaría hoy sobre su estancia en Londres. ¡Lo he echado tanto de menos! No nos habíamos visto desde el último día de clase en el instituto y sabía que nos encontraríamos cambiados.

Esperaba que le gustase mi nuevo corte de pelo.

Sé que le encanta cómo se me ve la cara cuando me lo aparto, pero ahora ya no tengo tanto como para recogerlo: ni trenzas, ni coletas, ni moños... Y esperaba a ver qué reacción tendría.

El sol empezaba a quemar un poco y casi podía sentir cómo mis pecas se gritaban las unas a las otras: «¡El sol ya está aquí! ¡El verano ya está aquí! ¡Ya estamos en Dunas! ¡Salgamos, salgamos!». En la punta de la nariz, en las mejillas, en las manos, en los empuñados... las pecas me iban pintando la piel.

Entonces, saludándome entre los pinos, he visto nuestro coche oxidado, todavía vacío. El verde del techo competía con el de la pinocha medio quemada por el calor y... ¿Qué era lo que le daba sombra? Al empezar a subir hacia las dunas y dejar atrás la playa, me he dado cuenta: cerca del coche había un cartel inmenso que antes algunos árboles me habían ahorrado ver.

PRÓXIMA CONSTRUCCIÓN DE APARTAMENTOS DE LUJO
Y CASAS ADOSADAS

Lo que estaba leyendo no podía ser verdad. ¿Construir una urbanización en nuestro bosque?



28

He subido hasta allí resoplando, con prisa por entender. Una lagartija ha venido a recibirme: «Bienvenida de nuevo, Duna», me ha parecido que me decía. «Prepárate, que se acercan cambios.»

Efectivamente, cada tronco tenía pintada una cruz blanca, una señal para que las excavadoras que arranquen los árboles no se dejen ni uno.

He tenido que pararme para digerirlo, jadeando, deslumbrada por el sol que rebotaba el blanco metá-

lico del cartel. Sí. No había duda. Piensan arrasar los pinos entre los que perseguí a Max hace dos años, el bosque en el que supe que jamás podría olvidarlo, el bosque en el que él vivió dentro de una autocaravana pintada de flores, el bosque que lo protegía mientras no sabía cómo explicarse al mundo, el bosque en el que pregunté a su padre: «Max tiene cuerpo de niña, ¿no?»... Y más allá de nosotros... ¿Para cuántas personas, para cuántos animales son importantes estos árboles? Y, además, ¿es que no tienen los pinos sus propios derechos? Estas dunas y todas las montañas de detrás pertenecen a los pinos, y los pinos a ellas.

Cuando he llegado al coche, me he dejado caer en el asiento del conductor con todo mi peso, y del terciopelo ha salido una nube de polvo acumulado durante un año entero de no sentarnos. Por suerte no hay puertas ni parabrisas, sino habría que limpiarlos cada vez para ver lo que hay fuera, que es este maravilloso paisaje que durante el curso recuerdo mirando y remirando mi piedra, pintada por Max.

Estaba imaginando dónde podríamos veranear

29

una vez que no dejen nada de nuestro pueblo, cuando he oído los pasos de mi amigo, que se acercaban desde el bosque. He cerrado los ojos unos segundos para situarme: lo que contaba en ese instante era reencontrarme con Max.

No he salido a buscarlo. No habría aceptado un abrazo. Todavía no. Ya nos vamos conociendo. Me he quedado en el coche haciendo ver que jugaba con el volante, creando ritmos con sus chirridos. Él se ha asomado por la puerta del copiloto: «Hello, *princess*», ha dicho con un acento envidiable, como para demostrar que el viaje ha hecho efecto. Traía en los ojos una luz nueva, la luz del viajero que vuelve a casa. «No te hagas el chulo, ¿eh? ¿Qué tal por London?», he preguntado pronunciando *London* con las dos oes bien cerradas, adrede, para hacerlo reír. «¿Puedo subir a tu carroza?» Ya empezaba con su juegucito de responderme (o no) preguntando. «Venga, siéntate, y no me llames princesa.» Y se ha sentado.

Ya estábamos allí, el uno al lado del otro.

Qué paz.

«Home, sweet home», ha dicho él, como leyéndome el pensamiento. Y es que se está como en casa (no, mejor que en casa), sentada cerca de él, viendo cómo sube el sol desde las dunas, dentro de nuestro coche oxidado, cada vez más oxidado pero cada vez más nuestro. Tenía ganas de lanzar un suspiro, pero me he cortado. Entonces ha suspirado él y se me ha escapado la risa. «No te rías, simpática», y me ha dado un codazo. «Se está bien aquí, ¿verdad?», he dicho contemplando el horizonte, sin esperar respuesta. Pero ha respondido: «Mejor que en ningún sitio».

Entonces, aunque yo no lo miraba, he visto por el rabillo del ojo cómo se giraba a observarme. Con el dorso del índice, como el ala de una mariposa, me ha rozado la mejilla. He dicho: «Ya lo sé, ¿eh?, que se me ve poco la cara con este corte escalonado y alocado. Es que me apetecía un cambio». Y él ha añadido: «Es que todo lo que te gusta, todo lo que te apetece, Duna, te sienta bien. No sé cómo lo haces».

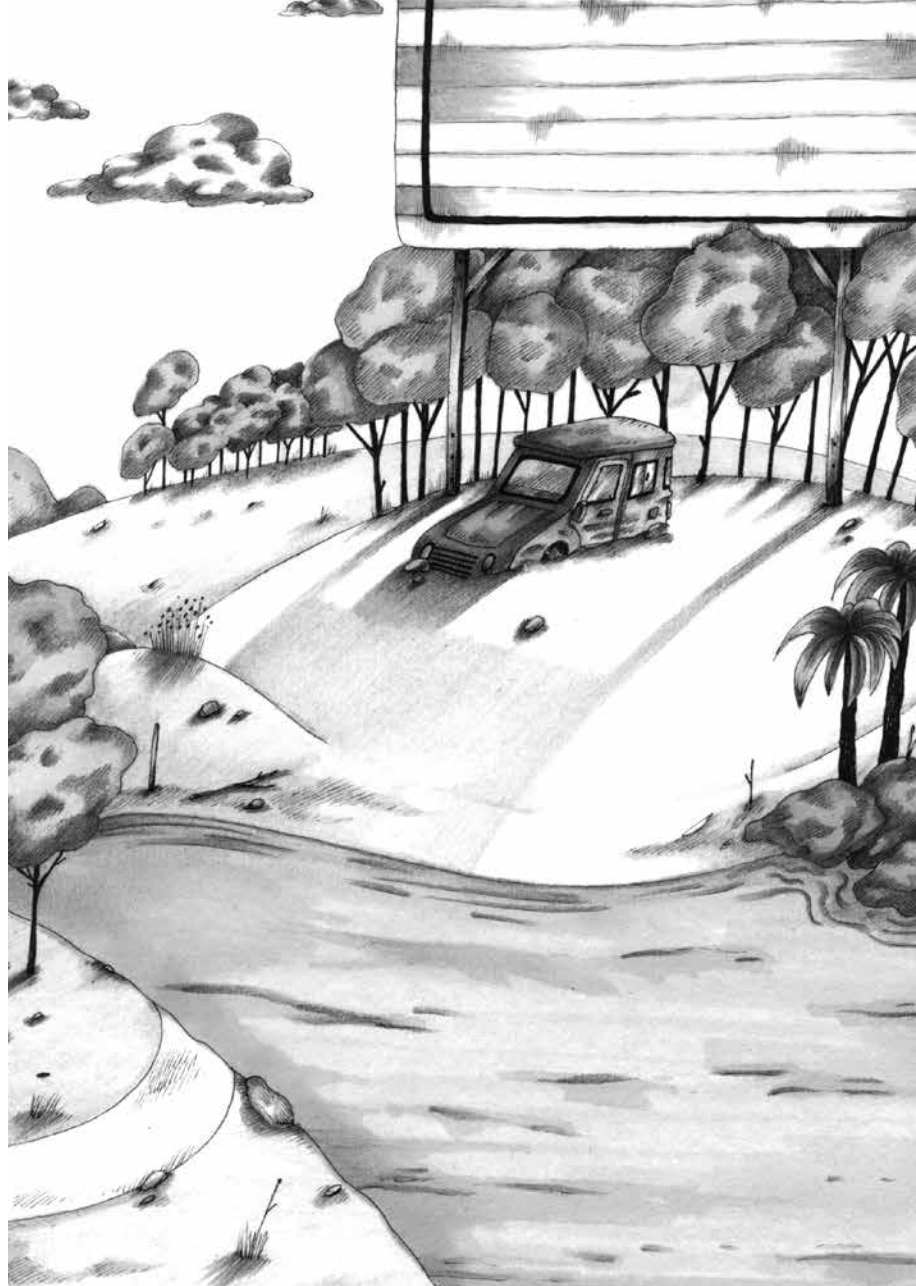
En ese preciso momento querría habérmelo comido a besos, pero me he contenido. A veces siento que me

enamoro, pero que él no lo tiene claro. Él había clavado ahora sus ojos grises en el mar brillante, y su nariz rectilínea me decía: «Solo amigos, Duna, mejor así».

Por un momento se me ha pasado por la cabeza proponerle compartir auriculares y escuchar juntos el silencio, pero sé que él opina que ya no los necesito. Y, además, tenía tantas preguntas que hacerle! Pero no me ha hecho falta decir nada, porque sorprendentemente Max tenía ganas de charla. Se ve que estamos cambiando.

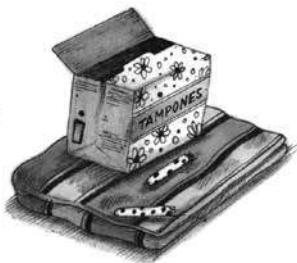
Primero ha comentado el tema de las cruces blancas en los troncos de los árboles del bosque. Le he contado lo que había leído en el cartel, que solo se veía por detrás desde el coche. Le he propuesto que lo hablemos con la pandilla y él ha dicho que sí con la cabeza, dubitativo, pero ha dejado claro que, en su opinión, esto no puede quedar así.

Después ha cogido la directa y me ha largado: «Aquí en el coche estoy bien, contigo, sin más. Pero me costará un poco lo de pasar el verano en grupo y tener pocos pelos en las piernas y pasear estos pechos y... Es que los chicos de nuestra edad ya tienen algo de bigote, ¿eh?». «No todos, Max, no todos», le he



aclarado. Ha resoplado y me ha soltado: «Ah, ¿no? A ver, di tres chicos del instituto que no tengan aún». No he tenido dudas: «Emilio, que por cierto es un año mayor, Pedro el de nuestra clase y tú». «Yo no cuento.» «Claro que cuentas. Eres un chico de catorce años y no tienes bigote. Cuentas.» «¿En qué estadística?» «En la mía.» Hasta he tenido que morderme la lengua para no decirle que era mejor no tener bigote, porque así no pincha cuando besa. Pero me lo he callado, no vaya a dejar de darme esos besos de azúcar que le robo de vez en cuando, muuuy de vez en cuando.

Le he insistido en que podemos buscar pequeñas calas para bañarnos y que los días de regla, tanto la suya como la mía, podemos pasar de los tampones y encerrarnos en el desván de mi abuelo, yo a dibujar y él a tocar la ocarina. Pero no había manera de animarlo, porque decía que no le apetece llevar pantalones



cortos, ni camisetas de tirantes, ni hablar con nadie. Esto último no lo he entendido.

Le he preguntado: «¿Qué tiene que ver eso con hablar? ¿Por qué no?». Nada más decirlo, ya me había arrepentido. Me he dado cuenta enseguida. Se refería a que los chicos ya han cambiado la voz y la tienen más grave que él. Qué rollo, ostras, eso sí que es un rollo. He intentado decirle lo que pensaba: «Pues yo creo que tienes una voz preciosa, y que no importa que...». «Duna, va, no la cagues ahora, que no es eso», me ha respondido, cortándome. «Me raya la voz que tengo, y lo que tú me digas...» Me he quedado muda, oliendo el aroma tierno que su voz acababa de dejar dentro del coche. Pero él parecía medio enfadado y yo ya no sabía qué decirle. Entonces ha dejado caer una frase en sus rodillas: «A veces haces como mis padres. Y no lo soporto». Ha salido del coche sin prisa y ha empezado a bajar las dunas lentamente.

Qué postal tan bonita a través del parabrisas sin cristal: el tío más bueno del insti, alto como nadie, cerrado de hombros y cabizbajo, en vaqueros y camiseta gris, con las manos en los bolsillos y el pelo cortísimo, bajando hacia la playa casi vacía.

Le he seguido hasta la orilla. Todavía no había bañistas, pero alguien paseaba a su perro por la playa y alguien más hacía *footing*. Yo seguía descalza con las zapatillas en la mano y él llevaba las suyas puestas.

«Los que me queréis sois los peores», me ha dicho. «Os creéis que podéis decirme que soy maravilloso y que con eso resolvéis todo lo que me pasa, todo lo que siento. Mi padre, por ejemplo, está obsesionado con llevarme al centro ese en el que dan pastillas para evitar que mi cuerpo... Bueno, ya me entiendes. Y me acompaña a salidas de grupitos de chicos con mi mismo “problema”, hijos de familias que buscan “soluciones”. Y mi madre... ¡Qué pesada! Se emperrea en decirme que no permitirá que nadie cambie mi cuerpo, y me va diciendo: “Eres perfecto así, Max, eres un chico y este es tu cuerpo”. Entiendo que quieren protegerme, ¿eh?, que lo hacen para que no sufra, pero desde que leen libros y hablan con médicos y con otras familias están insoportables, ¿sabes?» Max ha dicho todo eso con los párpados bajados, y cuando ha acabado, una lágrima ha caído sobre la arena y me ha parecido oír un cristal

muy fino que se estrellaba y se hacía polvo, un polvo brillante e hiriente que me ha salpicado los pies y se me ha clavado muy adentro, traspasándome la piel, hasta la carne. En ese momento quería ser él y quedarme para mí sola toda su pugna interna, y que él fuese yo, o que fuese Emilio, o que fuese un chico con cuerpo de chico, que fuese quien quisiera ser. Pero sé y entiendo que no puedo ahorrarle el sufrimiento, que lo único que puedo hacer es estar a su lado.

He cogido aire. «Tienes razón en que te quiero, Max, y en que soy una torpe», le he concedido. «Si tienes ganas de hacer pruebas de voz, estoy aquí para escucharte. Tú puedes ir haciendo gorgoritos y dando gritos y cosas por el estilo. Yo te diré si sueñas a chico, a chica, a angelito del cielo o a rinoceronte.» Entonces mi amigo, de repente, ha estallado en una risa perfecta, ni femenina ni masculina, solo un sonido de campanas que voltean y la imagen de una sonrisa empapada de lágrimas bañada por el sol bajo de las ocho de la mañana.

Escribir sobre Max me pone muy cursi, pero qué le vamos a hacer.

5 de agosto

Hoy me he despertado tarde. De hecho, me he despertado la última. Me han espabilado las voces que me llegaban desde el cuarto de baño. «¡Au! ¡No tires, que me haces daño!», se quejaba el abuelo entre risas, mientras el Lunático se burlaba y le gritaba: «¡Ten paciencia, abuelo, que esta barba está muy enredada!». No me lo podía creer. ¿Lucas estaba peinándole la barba y encima le llamaba *abuelo*? ¿Qué pasaría si se enteraba Gala?

Me he levantado de la cama en bragas y camiseta y he salido de la habitación. En aquel momento subía desde la cocina mi hermana pequeña, que se ha quedado de piedra en el umbral de la puerta del baño. En el reflejo del espejo, he visto cómo cerraba los puños, cómo se ponía roja y cómo casi le salían llamas de la cabeza. Ha gruñido como un motor estropeado y después solo ha dicho: «Vicenta, la de las lanas, te espera abajo». Ha dado media vuelta levantando la barbilla y ha bajado hacia la cocina.

Mientras yo me lavaba la cara y hacía pipí, Lucas

seguía intentando pasar el peine por aquella barba imposible. El abuelo le metía prisa porque quería bajar rápido. Se ve que, desde la ventana de la salita, había visto a Vicenta acercarse y había subido corriendo a arreglarse un poco para ella. Todo apunta a que el abuelo Ignacio se nos ha enamorado de su profesora de hacer punto, la dueña de la tienda de lanas, la reina de los jerséis, las bufandas y los biquinis de ganchillo.

He vuelto a mi habitación, me he vestido rápidamente con la ropa de ayer y he bajado a la cocina a cotillear. Estaban todos, recogiendo ya los restos del desayuno. Me habían guardado dos creps de crema de cacao, especialidad de Manuel, aunque a mí no me han apetecido. Lía lavaba los platos y Gala resoplaba en un rincón. El abuelo, plantado ante la visitante, se metía los bajos de la camisa en los pantalones; realmente está desconocido.

«¿Puedo sentarme?», ha preguntado Vicenta. Y el abuelo se ha apresurado a acercarle una silla.

Conozco desde hace unos años a esta señora, pero hoy la he mirado con ojos nuevos. Es una mujer de pelo

blanquísimo, aunque creo que no debe de tener mucho más de setenta años, más o menos como el abuelo. De todos modos es la típica que no aparenta su edad, porque tiene el espíritu joven. La melena, cortita y muy lisa, siempre suelta y recogida tras las orejas, le ilumina el rostro. Sobre la piel, muy pálida, resaltan unos labios carnosos y rojos. Se pinta una elegante línea negra sobre el párpado superior, pero nada más; eso le potencia la claridad de los iris, y lo sabe, porque mira a todo el mundo intensamente, sabedora de que nos penetra con los ojos. No tiene agujeros en las orejas y no lleva ninguna joya. Viste siempre de blanco, camisa y pantalón, y anda con las manos en los bolsillos.

Todos nos hemos sentado alrededor de la mesa; Gala sobre mamá y Lucas sobre Lía, abrazado a ella en modo koala.

40 Vicenta estaba muy seria y el abuelo un poco nervioso. El resto los mirábamos en vilo. Entonces ella ha soltado: «Vengo a explicártelo yo, Ignacio, antes de que te enteres por el pueblo. Más vale que lo digieras en casa y que, si tenemos que hacer algo al respecto, lo pense-

mos juntos y busquemos aliados». En ese momento ya nos había quedado claro que no venía a declararse ni a flirtear. El abuelo ha puesto las manos sobre la mesa, abiertas y hacia arriba. «¿De qué estás hablando? Me estás preocupando.» Ella le ha dado las manos, sin pensárselo, y en la cara del abuelo he percibido el calor de las palmas de la tejedora. «Es el castillo», ha dejado caer ella. El abuelo, en vez de dar un grito y un puñetazo en la mesa como todos esperábamos, ha bajado la cabeza y ha dicho muy flojo: «No, el castillo no. El castillo no, por favor».

Todo el pueblo sabe que la casa del abuelo es la que tiene las mejores vistas al castillo, desde la azotea. Él siempre habla de ello con orgullo. De adolescente subía a buscar tomillo y un poco de sombra en la que descansar al volver del mar, tras su dura jornada como pescador. Todo el mundo conoce también la historia de cómo se declaró a la abuela haciéndola entrar en las ruinas, como si entrasen en un templo, como si aquellas piedras antiguas definiesen todavía una fortaleza digna de su amor por ella.

«¿Qué quieren, derribarlo?», ha preguntado sin

levantar la cabeza. Vicenta ha respondido: «Mucho peor: quieren reconstruirlo con muy mal gusto y hacer de él un hotel de lujo. Me acaban de contar que el jefe de la empresa promotora ha estado enseñando a la arquitecta del ayuntamiento los planos e imágenes que recrean cómo quedará todo. Por lo visto es de susto».

He mirado a Lía, a mamá, a Manuel... y todos tenían en el rostro la sombra gris del rostro del abuelo. El asfalto, el bosque... ¿y ahora el castillo? ¿Hasta dónde serán capaces de llegar estos promotores? Yo no pienso quedarme, como estos de casa, aquí marchita. Me apunto al carro de Vicenta, que tiene pinta de rabiosa y combatiente. Estoy segura de que el abuelo, en un par de días, resucitará y se pondrá a hacer piña con medio pueblo para salvar el castillo.

42

7 de agosto

Efectivamente, el abuelo ya se ha despertado del atonamiento y se ha puesto las pilas para intentar frenar los

planes de la empresa promotora. Mamá y Manuel, los tíos Julián y Rita, Vicenta, el señor Tomás de la papelería, los viejos pescadores y los pescadores más jóvenes, los tenderos y las vendedoras, las familias que llevan restaurantes y hoteles de toda la vida... Todo el pueblo en general parece indignado con la nefasta gestión del nuevo gobierno municipal. Están divididos entre los que gritan «¡Menos mal que no voté por ellos!» y los que musitan «Si lo llego a saber no les voto».

Arlet nos había citado en su casa para merendar juntos. Sería el primer encuentro de la pandilla este verano y aprovecharíamos para hablar del tema y pensar qué podemos hacer al respecto. Los mayores ya están organizados, y por nuestra parte Lía ha avisado de que Xenia había anunciado que Arlet ya había tenido unas cuantas buenas ideas.

De camino he pasado a ver si Max se animaba a sumarse a la merienda-reunión. Suponía que no sería fácil hacer que fuese. Se aloja en un apartamento que hay en primera línea. El balcón es de madera azul, y he encontrado allí a su padre tendiendo las toallas

43

de la playa en la barandilla. «¡Sube, Duna!», me ha dicho. He entrado por la puertecita de al lado del bar y he subido las escaleras, estrechas y oscuras. Una vez entras al pisito, todo es claridad. La madre de Max me ha abierto la puerta en albornoz, recién duchada. Me ha susurrado: «Lleva toda la mañana encerrado en la habitación. Pasa, pasa, y a ver si lo sacas de ahí, que a ti te escuchará». La pequeña habitación de mi amigo da a la calle de atrás y tiene una ventana; lo he encontrado sentado en el alféizar, que es ancho, tocando la ocarina. «Hola», hemos dicho al unísono. Y nos hemos quedado mirándonos, sabiendo que nos leíamos el pensamiento.

Pero entonces solo le he dicho: «Nos vamos a reunir para elaborar un plan maestro contra los despropósitos urbanísticos que el ilustrísimo alcalde de Dunas está permitiendo. ¿Te animas?».

Max ha dejado caer la ocarina, colgada del cuello, y ha saltado al suelo de la habitación. Solo ha tenido que dar dos pasos para tener su frente ante la mía, aunque él tenía que mirar hacia abajo y yo hacia arriba, porque ahora casi me saca un palmo. Nuestros cora-

zones latían a diez centímetros de distancia, nuestros pechos no se tocaban por poco, los míos con sujetador, los suyos bajo dos camisetas, la interior muy muy ceñida. Con la frente pegada a la mía, como dejada caer, me ha cogido de las manos. Nos mirábamos tan de cerca que me parecía un cíclope, con un solo ojo entre las cejas. «Menuda mierda, Duna.»

He decidido no responder nada a una sentencia tan contundente. No había argumentos posibles. Podría haber intentado animarlo, pero cualquier frase me parecía una estupidez: que yo también tengo la regla, que mañana con calma podríamos intentar el tema de los tampones, que no hace tanto daño, que no se enterará nadie, que es guay tenerla los dos a la vez, que eso no lo hace menos hombre, que... Yo qué sé. Es trabajo suyo asumir eso como parte de su originalidad, de su forma de ser, única, especial. Pero si se lo digo, me enviará a freír espárragos. Ahora necesita tiempo y espacio. Y yo se los doy. Después Max ha dicho: «Vamos». Eso sí que no me lo esperaba.

Cuando hemos llegado a casa de Arlet ya estaban

todos allí, repartidos por el sofá y las sillas de la salita de la planta baja, que da a la dársena del puerto: mis hermanas, mis primas, las dos amigas de Lía, Emilio y Ferrán, que ya no es el más pequeño porque ahora ya tiene siete años y le saca un par de meses a Lucas, que está eufórico con lo de ser parte del grupo. «¡Ja! De eso nada. ¡No forma parte de la tropa!», ha dejado caer Gala esta mañana cuando Lía ha invitado a nuestro hermanastro a la reunión; incluso lo ha remachado diciendo: «Es su primer verano en Dunas y os aseguro que será el último. Pienso hacerle la vida imposible hasta que se vayan de casa». Lo dice y no se lo cree ni ella, la pobre, que es más dulce que las galletas.

Max se ha sentado en un brazo del sofá y yo en el de la butaca de al lado. Arlet nos ha acercado un par de ensaimadas. Él no ha hablado mucho, pero me he alegrado de que estuviese allí con nosotros; sé que el tema le interesa y que la pandilla ya lo quiere como a un miembro más.

La madre de Arlet es muy ecologista; últimamente siempre va a los plenos del ayuntamiento a enterarse

de los cambios que se prevén y después le explica a su hija cómo está la cosa. Lía y Xenia también se lo sabían todo ya. Por lo visto, si hacemos algo como pandilla será siguiendo a las tres estupendas estas, que ya tienen diecisiete años y no hay quien las aguante de lo sabiondas que son.

Resulta que el alcalde ha dado permiso a la empresa promotora para sacar adelante un proyecto inmobiliario y turístico que lleva cuarenta años parado. En su momento lo abandonaron por un tema económico y ahora vuelven a la carga. Según Arlet, la cosa afecta a espacios naturales aún vírgenes, como el bosque o nuestras famosas dunas. Lía ha dicho, levantando una ceja y el dedo índice, que «se trata de un plan extremadamente agresivo». «No podemos permitirlo», ha dictado Xenia, dejando caer los párpados de forma estudiada, como si mandara en todos. Emilio se ha sumado a Arlet (son los únicos que viven en el pueblo todo el año) para resumir los efectos; Ferrán iba copiándolos lentamente y con letra de mono en una pizarrita de rotuladores:

- Asfaltado de la carretera de acceso (hecho)
- Asfaltado de las calles del pueblo (parcialmente hecho)
- Arrasamiento del bosque para la construcción de una urbanización monstruosa (pronto arrancarán pinos y arbustos)
- Restauración (horrible) del castillo para poner un hotel de lujo al cual no podremos ni entrar
- Conversión de la dársena actual de los pescadores en puerto para yates de paseo
- Derribo de seis casas antiguas de primera línea de playa para la construcción de nuevos apartamentos

No me lo podía creer. La cosa era mucho peor de lo que me esperaba. Max y yo nos hemos mirado sin respirar.

48

Eva y Paula enseñaban folletos de publicidad de los futuros apartamentos a Gala, que daba codazos a Lucas; el niño, con los morros llenos de azúcar glas, intentaba meter la cabeza para mirar las fotos y no lo conseguía. Las gemelas se hacían las interesantes,

sobre todo Eva, que continúa siendo una señorita perfecta y bien peinada; los rizos de Paula siguen emanando efluvio de caos y ella ya no lleva la ortodoncia, pero no se quita de encima el grosor de las gafas.

«¿“Parcialmente” quiere decir que todavía van a asfaltar otras calles?», he preguntado con la boca pequeña, esperando equivocarme. Max encogía los hombros y Emilio me ha dicho: «No te preocupes por la plaza. Si vienen las máquinas, nos sentaremos todos en medio y nos encadenaremos a la fuente». Y me ha guiñado un ojo. Me ha parecido una idea estupenda.

«Y yo he pensado», ha anunciado Arlet, «que podríamos ir al bosque a borrar las cruces de los troncos de los árboles. ¿Qué os parece?» Un «sí» generalizado y agudo ha sobrevolado la sala. Probablemente eso no pare a las excavadoras que vendrán a arrancarlos, pero por lo menos expresaremos bien claro nuestro desacuerdo.

49

De repente, sin querer y sin venir a cuento, me he imaginado en medio de la noche encadenada a un árbol, junto con la ancha espalda de Emilio, los dos solos atados al mismo tronco. Tampoco sería mala idea hacer

eso todo el equipo al completo, pero me había subido el rojo a las mejillas y no era momento de hacerme ver.

Entonces Max ha dicho: «Lo que peor me sabe es lo de la dársena». Como no es muy hablador, al hablar él se ha hecho el silencio. Se ha levantado y ha ido hasta los ventanales que dan al puerto y se ha quedado mirando afuera, con todos nuestros ojos pegados al cogote. A mí me habría gustado que le diera más pena nuestro bosque que la dársena, pero he pensado que no puedo mandar en sus sentimientos, solo intentar comprenderlos. «¿Por qué dices eso, Max?», le ha preguntado Lía, como si me hubiese leído las intenciones. Max ha metido las manos en los bolsillos y ha contestado: «Porque hay casas como esta y les cambiarán las vistas. Pero sobre todo lo digo porque aquí está la caseta de la barca de Ignacio, que es la primera barca a la que subí, y que no quiero por nada del mundo que desaparezca. Que no la derriben, por favor».

Y me ha venido como una ola la imagen de aquella mañana del verano pasado en que las tres hermanas salimos en barca con Max y el abuelo. Navegamos

un poco hacia adentro. Solo llevábamos bañadores, camisetas y un montón de crema solar. Max todavía no tenía los pechos que tiene ahora, pero ya le empezaban a despuntar; se había pasado buena parte del trayecto mordiéndose las uñas y contemplando el horizonte. El abuelo se tiró al agua de bomba, Gala de cabeza, Lía dijo que se quedaba a bordo leyendo la novela histórica que tenía entre manos y yo esperé a ver qué hacía mi amigo. Sin mirarme, Max se quitó la camiseta. Creo que todos los demás lo miramos de reojo, pero nadie dijo nada. Él tampoco pronunció palabra, pero con su gesto nos estaba diciendo que con nosotros, allí en medio del mar, podía ser él mismo: un niño de entonces trece años con unos pechos incipientes hartos de esconderse. Bajo la visera de la gorra, Lía sonrió levantando ambas cejas sin apartar la vista del libro. Me quité la camiseta. Max me dio la mano y, juntos, nos tiramos al agua. Fue una de las mañanas más felices del verano pasado.

Cuando he vuelto a la tarde de hoy, después de recordar aquello, he querido levantarme, avanzar



hacia Max y darle la mano. Pero al alzar la vista he visto a Lía a su lado, pasándole un brazo por encima de los hombros. Max no se ha movido ni un pelo, cosa que viniendo de él es todo un detalle.

Al acabar la reunión, han salido de la casa los dos juntitos, mientras ella jugaba a interesarse por la ocarina, que todavía le colgaba del cuello. «Si me compro una en la plaza, mañana que hay mercado, ¿me enseñarás a tocarla?». Max ha dicho que sí con la cabeza. Y juraría que se miraban a los ojos. ¿Qué narices estaba haciendo mi hermana? ¿Flirteaba con Max o qué?

Al volver a casa he subido corriendo a la habitación. He cogido lápiz, goma y bloc, y he seguido escaleras arriba. Me he encerrado con llave en el desván (ahora la llave está siempre en la cerradura). La sala me ha recibido vacía y luminosa y me he sentado en el suelo a hacer un retrato de Emilio: contorno circular, casi rechoncho (dan ganas de exprimirle las mejillas), barbilla pequeña con cuatro pelos aún suaves, nariz amable, labios finos, mirada juguetona, y ese mechón de pelo indomable delante de los ojos melosos.

9 de agosto

Hemos pasado la mañana en el bosque, y ahora siento mucha pena. Acabo de terminar un dibujo de los árboles y los arbustos tal como están ahora, para no olvidarlos nunca. No podremos quitar las cruces blancas de los troncos, al menos no del todo. Están hechas con pintura de spray y esta no es nada fácil de limpiar. Pero no estoy triste solo por eso.

Habíamos quedado temprano, de buena mañana. Estaba toda la pandilla, muchos padres y madres, el abuelo, Vicenta y algunos pescadores jubilados más. Llevábamos varios productos de limpieza, y utensilios como lija y estropajos. Hemos pasado un rato rascando las cruces con cuidado y paciencia, sin conseguir borrar ninguna del todo, hasta que ha aparecido el alcalde con dos policías y nos hemos quedado helados; Dunas es tan pequeño que no tiene comisaría, así que debe de haberlos hecho venir desde vete a saber dónde.

Vicenta y el abuelo se han encarado con ellos y han mantenido una conversación tensa, pero han decidido

dejarlo estar y nos han propuesto «buscar otras estrategias menos poéticas pero más eficientes». El alcalde y los policías se han retirado.

Nos hemos sentado en las dunas en un gran corro, bajo el sol de las diez de la mañana. Max estaba a mi lado, y nuestras rodillas se tocaban. La menstruación ya remite y se le veía algo más animado; el tema de los árboles lo ha activado. «Siempre estaré agradecido a este bosque», me ha dicho, «mi refugio en el peor momento.» Me ha arrancado una sonrisa pensar que para él los tiempos son mejores que entonces, pese a todos los cambios, dudas y miedos que puedan seguir acompañándole. Espero tener algo que ver con ello.

Vicenta ha propuesto crear un colectivo de defensa del municipio y que se llame *Salvemos Dunas*. A todos nos ha parecido un nombre fantástico.

El señor Tomás ha dicho que no es cierto lo que va diciendo el alcalde y lo ha aclarado: «Esta promotora depende de un grupo de inversión internacional y no aportará un beneficio económico al pueblo. No darán trabajo a nuestra gente, ni comprarán en nuestras

tiendas. Tampoco seremos nosotros los que disfrutaremos del hotel, ni de la urbanización, ni del nuevo puerto para yates».

Mamá y el tío Julián han explicado que el ayuntamiento es la máxima autoridad en urbanismo, pero han descubierto que podemos denunciar el tema. Según ha avisado la tía Rita, necesitamos la ayuda de algún abogado. Entonces el abuelo ha torcido el morro, ha dicho que conoce una buena abogada, pero nos ha hecho ver que eso costará dinero. «Pues montamos una campaña para recoger donativos», ha propuesto Arlet. Se trata de conseguir dinero para pagar los gastos legales, es decir, el trabajo del bufete de abogados que presente la denuncia contra estos planes urbanísticos de la empresa promotora, permitidos por el ayuntamiento. «¿Como cuando recogíamos dinero por el pueblo para arreglar la barca y la caseta?», ha preguntado Gala. Y entonces el petardo de la familia ha saltado: «¡No, Galletita! ¡Quieren decir por internet!», y me ha sabido mal por mi hermana, pero me ha hecho reír; este Lucas Lunático es un pesado, pero

tiene garra. Gala ha bajado las dunas corriendo y se ha metido en el agua.

Arlet ha explicado bien cómo se hace lo de recoger fondos: «De esta manera lanzamos la campaña al mundo y no nos limitamos a la gente del pueblo». Lía, Xenia y Emilio decían que sí con la cabeza, como si supiesen de qué hablaba y cómo narices se hace eso. Han asegurado que se encargarían de ello y que toda la pandilla cascabel se arremangaría para que la campaña funcionase. «Contad conmigo», ha dicho la nieta de Vicenta, Bruna, que ha venido por primera vez a pasar las vacaciones con su abuela. Manuel se ha ofrecido a ayudarnos a hacer alguna pancarta o carteles para promocionar el tema, «y que no quede nadie en Dunas, ni visitante ni vecino, sin enterarse».

Ya no podía más. Vale que Lía y compañía vayan de listas y decidan por toda la pandilla sin consultar; estoy acostumbrada a ello y después siempre tengo la opción de descolgarme y largarme con los auriculares en las orejas si no me gusta el plan. Pero que Manuel vaya de maestro enrollado, por ahí no paso. Creía que

al menos en el cole me lo había quitado de encima. No toleraré que contamine mis ratos con la pandilla, con Max, con Emilio, con quien me dé la gana estar cuando salgo de casa. No pintaré pancartas con él y no dibujaremos carteles juntos.

«Voy a vigilar a Gala», he puesto como excusa, y me he levantado. Mamá y Lía me han mirado levantando una ceja. He bajado las dunas a toda prisa.

Detrás de mí la reunión se iba dando por concluida y el corro se deshacía. He llegado a la orilla y me he sentado en la arena; al poco rato Max y Bruna se me han sentado a ambos lados. Ella tiene trece años, lleva una melena lisa y castaña, suelta, y unas gafas de pasta negra; la he conocido hoy, pero he estado cómoda con ella desde el minuto uno. Max ha dicho: «No te pongas los auriculares, Duna. Si no quieres, no hablaré». «Ni yo», ha dicho Bruna, como si fuese conociéndome a toda velocidad. Qué observadora y tranquila, esta chica.

Entonces nos ha llegado una voz a nuestras espaldas: «Veo que Lucas y Gala... Ay, ay, ay...». He girado la cabeza: era Vicenta, de pie con las manos en los bolsi-

llos. «Menos mal que tú, Duna, sí que te llevas bien con él, ¿verdad?» He resoplado y le he girado la cara. Pero, ¿qué me estaba diciendo? ¿Yo y el Lunático llevarnos bien? ¿Solo porque le había reído una gracia? No me ha dado tiempo a responder, ella ya continuaba: «Ya verás como dentro de nada Manuel tampoco te parecerá un estorbo». No me lo podía creer. Esta mujer me ha caído bien desde siempre, pero en ese momento he deseado que la fulminase un rayo. Gala ha salido del agua chorreando y con la sonrisa renovada, pero una nube oscura ha tapado el sol.

He notado que Vicenta se ponía en cuclillas detrás de mí y me ponía una mano en el hombro. Entonces ha dicho: «Me ha contado Ignacio que vuestro padre era un gran hombre y que os quería mucho. Estoy segura de que él se alegraría de veros al lado de Manuel».

Tenía ganas de girarme entera y de darle un puñetazo en su nariz perfecta, pero ni me he movido para que no se cayese, porque todavía me queda educación, y más con una abuela.

Ella no ha tardado en alejarse playa arriba, hacia

el pueblo. Por lo visto, no esperaba una respuesta. Bruna me ha puesto una mano en la rodilla sin decir palabra, y no me ha molestado, no sé por qué. Max se me ha plantado delante y me ha abrazado fuerte, muy fuerte, sin pensar en si tiene pechos o no, y entonces he empezado a llorar como hacía tiempo que no lloraba, como si tuviera exactamente los pocos años que tenía cuando murió papá.

Un trueno en la lejanía me ha hecho pensar por un instante en que sería genial que hoy el cielo se agrieta-se y se acabara el mundo. Solo durante un rato.

11 de agosto

60

He estado a punto de hacerme daño y todo, de tanta rabia, mientras me pasaba el cepillo por el pelo. Pese a que ahora lo llevo más corto, sigo haciéndolo, aunque eso quiera decir seguir un consejo de Lía Literata: «Una cepillada antes de ir a dormir aclara las ideas y descoyunta los malos pensamientos». No la soporto.



NOTA DE LA AUTORA

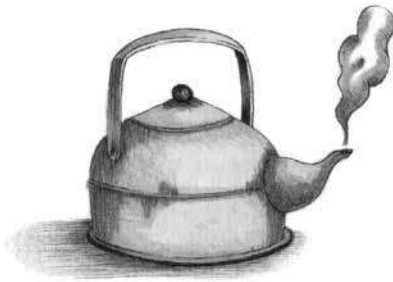
Lo que ha ocurrido en Dunas este verano no es ninguna invención. Hoy en día hay pueblos costeros que ven peligrar gravemente su entorno natural. Es el caso de algunos municipios de la Costa Brava en que vecindario y ecologistas luchan por salvar bosques, animales y paisajes. Si te apetece saber más o ayudar en esta causa, date una vuelta por salvemaiquaafreda.com.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría sido posible sin Bruna Juvany, Lydia Chaparro, Ian Bermúdez, Èric Sancho Bru y Mar González. Los cinco, sin cono-
ceros, formáis mi pandilla cascabel. *Dunas* es también vuestra.

Gracias también a Jana Ventura, Albert Periche, Roger Coch, Mar Font, Eva Perarnau, Leticia Asenjo y Gerard Coll-Planas por leerme y hacerme llegar vuestras intuiciones y certezas. Debo añadir que este último es autor del libro citado —*Dibujando el género*, ilustrado por Maria Vidal y prologado por Teresa Forcades—, así como de otras obras que fueron de gran ayuda a la hora de escribir tanto *Dunas* como *Duna*.

Finalmente, quiero agradecer la complicidad de Ferran Orta, Álvaro Martín y Paula Jarrín. Sin vosotros *Duna* no sería ella.



OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

DUNA. DIARIO DE UN VERANO

de Muriel Villanueva. Ilustrado por Ferran Orta.

Día a día, Duna descubre el sabor de la amistad, del primer amor, de crecer y madurar. Nominado al Premio Atrapallibres 2016.

SOPA DE ABUELO

de Mario Satz. Ilustrado por Albert Asensio.

¿Puede el amor alimentar el alma?

Una adolescente que vive bajo el peso de la anorexia es salvada *in extremis* por su abuelo jubilado, que la cura con la sabiduría de un «sencillo» plato de sopa.

LA ISLA DE LAS CARTAS PERDIDAS

de Oriol Canosa. Ilustrado por Mercè López.

Albert huye de Estrasburgo debido al estallido de la Primera Guerra Mundial. Lejos de casa descubrirá qué es la añoranza, el miedo y la absurdidad de la guerra, pero también la fuerza de la amistad y de su fortaleza interior.

LA OCARINA AZUL

de Mario Satz. Ilustrado por Zuzanna Celej.

Una novela de aventuras, trepidante, tierna y cómica que recorre la riqueza cultural y paisajística de África y que ofrece un magnífico relato sobre los peligros de la ambición y la magia de la bondad.

LA MALETA

de Núria Parera. Ilustrado por María Hergueta.

Una maleta que pasa de mano en mano, testigo silencioso de diferentes vidas que transcurren a lo largo del siglo xx. Un relato poético que nos lleva a reflexionar sobre la tendencia cíclica de la historia, que tiende a repetirse, como si nunca aprendiéramos lo suficiente. Premio Crítica Serra d'Or 2019.

Y yo le he pedido: «Me gustaría mucho que me regalases esa hoja que está a punto de morir ahogada». En silencio, Max ha sacado el poema del agua y lo ha estirado sobre la piedra de la fuente. He dejado caer la cabeza sobre su hombro. «Max.» «Dime.» «Te quiero tanto que cuando pienso en ti me cruje el corazón.»

Ya hace dos años que escribo este diario y me parece que se ha convertido en mi segundo mejor amigo. El primero sigue siendo Max, claro; ahora que tenemos catorce años, nuestra amistad ha madurado, pero el amor que siento por él se está poniendo interesante y... un poco complicado. Además, no hay quien desenganche a Mamá de Manuel... y encima el abuelo Ignacio se ha enamorado. Por si todo esto fuera poco, ¡el pueblo está en peligro! Una empresa promotora quiere cambiar gravemente el precioso paisaje de Dunas; pero nuestra pandilla cascabel ¡tendrá mucho que decir!



COLECCIÓN
PEQUEÑAS
JOYAS PARA
GRANDES
LECTORES



9 788412 080728